

## SAN JUAN MARIA VIANNEY O EL PODER DE DIOS

(EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO)

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

El 8 de mayo de 1786 nació en Dardilly Juan María Vianney. Nada hacía suponer en aquella diminuta población francesa que se estaba en vísperas de importantísimos acontecimientos políticos, sociales y religiosos. Y si los espíritus más avisados de la aldea eran ajenos a todo, más todavía, si cabe, la familia Vianney que acababa de recibir al cuarto de sus hijos.

Era una familia humilde de labradores, de acendrada religiosidad como tantas otras del campo francés en las que no había hecho mella el protestantismo, el jansenismo, el galicanismo o la Enciclopedia.

La más tierna infancia del niño Juan María transcurrió con la placidez de la vida rural. Las primeras noticias de la Revolución pasarían sobre él como una leve brisa vespertina que apenas se percibe. Tal vez observara alguna conversación preocupada entre los padres, pero eso es tan corriente en las familias campesinas —que llueve, que no llueve, que el ganado está enfermo...—, que sin duda nuestro niño no sintió el más ligero temor.

Pronto todo cambiaría radicalmente. Un sacerdote juramentado se hace cargo de la parroquia y los Vianney, como otros muchos, pasaron a una vida de catacumba. De boca a oído transmitían aquellos viejos creyentes la noticia de dónde se celebraría el culto católico por un sacerdote perseguido. Y, de noche, en un pajar, en una cueva, en la habitación más escondida de una casa aislada de miradas delatoras se iban reuniendo, de uno en uno, los católicos fieles en la Francia de la Revolución.

Allí se oía con fervor la Santa Misa, se comulgaba, se confesaban los pecados, se bautizaba a los niños, se casaba a las parejas que querían contraer matrimonio... Y con riesgo de la vida. La guillotina segaba cabezas por menos motivo que asistir a cultos de sacerdotes «refractarios».

Juan María no fue un Pablo de Tarso o un Agustín de Hipona. No hubo conversión en su vida. La gracia que recibió en su bautismo fue actuando de un modo constante y creciente. Los relatos de su infancia nos hablan de su piedad, de su amor a la Virgen. Cuando tenía siete años vivió, con conciencia ya, lo que era la persecución. Todo ello fue encaminándole el sacerdocio. Y aquellos clérigos que se jugaban la vida por obedecer a Dios y atender a las almas tuvieron que ser un ejemplo decisivo.

No sé si erraré en mi interpretación pero creo que Juan María Vianney debe muchísimo a aquel ejemplo. La vida del cura de Ars, del santo cura de Ars, no se caracterizó por grandes obras sociales, por elevadas elucubraciones teológicas, por las altas cátedras, los libros, la reforma de la sociedad o de la liturgia. En esos campos brillaron Lacordaire, Ozanam, Veuillot, Guéranger, Montalambert, Melun... El sólo se preocupó del amor a Dios y de la salvación de las almas. De la salvación individual de las almas. Una por una. Como aquellos sacerdotes que arriesgaban sus vidas cuando el Terror. Y que en verdad escribieron una bellísima página de la historia de la Iglesia.

Napoleón, con todo lo que supuso de intento de gobernar la Iglesia y ponerla a su servicio, fue sin duda un alivio para los católicos. Celosos párrocos abrieron aquellas escuelas sacerdotales que sirvieron para repoblar de clero la Francia que había sufrido la Revolución. En Ecully, uno de ellos, el santo monje Balley admitió a Juan María en la que había fundado. Y aquí comienza el calvario del futuro santo. Con escasísima instrucción y mayor en edad que sus compañeros, mucho más adelantados de conocimientos que Juan María, la empresa parecía imposible. Bien se daba cuenta él de ello y en peregrinación acudió a san Francisco de Regis para que el cielo supliera lo que la naturaleza no parecía aportar. Siempre desconfió Vianney

de sus fuerzas y capacidades. Pero era tal su confianza en Dios, su entrega a Dios que, aunque no entendiera cómo, sabía que iba a llegarle el sacerdocio. De otro modo no se entienden tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanta perseverancia.

Las dificultades, sin embargo, se amontonaban en el camino soñado. Un error del párroco o de las oficinas militares encargadas del reclutamiento hicieron inútil el privilegio que el cardenal Fesch, tío del emperador y arzobispo de Lyon, había obtenido para sus estudiantes eclesiásticos. Quedar exentos del servicio militar. Y Juan María es movilizad. A su edad, ya avanzada, y con lo que suponían las constantes guerras napoleónicas aquello podía ser el fin de sus ilusiones.

Juan María Vianney deserta. El reclutamiento general y obligatorio había sido un invento de la Revolución. No era sentido en el pueblo sino como imposición de unas autoridades que habían sido no ya enemigas sino crueles perseguidoras de la religión. Y si Napoleón había significado una verdadera mejora de aquella situación y había restaurado el culto católico, no hay que olvidar tampoco que hizo prisioneros a los dos Papas que conoció: Pío VI y Pío VII. La entrega a Dios, que era incondicional en Juan María, nada tenía que ver con la entrega a Napoleón. En su caso era más bien incompatible. Pasó dos años oculto hasta que el matrimonio del emperador supuso una amnistía que le permitió volver a sus estudios eclesiásticos.

Estamos en 1811. Vianney va a cumplir veinticinco años cuando puede acudir al seminario menor de Verrières. Su etapa al lado de mosén Balley, que tanto le había apoyado y que tantos esfuerzos había hecho para enseñarle lo poco que sabía, había concluido.

Verrières fue una estación más del camino del calvario. La enseñanza se daba en latín, lengua que no comprendía. Era unos diez años mayor que los demás seminaristas. Cuando le preguntaban algo en clase no podía contestar, pues ni entendía la pregunta ni, aunque la hubiera entendido, podría dar en latín la respuesta. Cada vez que el profesor pronunciaba su nombre la clase estallaba en carcajadas. Por fin, a él y a algún condiscipu-

lo también atrasado, les dieron las clases en francés. Con lo que pudo pasar al seminario de San Ireneo, en Lyon.

Formaría una idea equivocada quien pensara que nos encontráramos ante una especie de subnormal. No lo era. Sus sermones, sus catecismos, los escritos que les servían de base muestran sí no al genio sí a un sacerdote lleno de sentido común y, sobre todo, de amor a Dios y de celo por las almas. Que no era una inteligencia superdotada humanamente hablando es evidente. Pero sus increíbles éxitos en la cura de almas no hay que atribuirlos a un milagro constante de Dios. Ciertamente Dios obró innumerables prodigios en él y a través de él. Pero ese es otro tema. Sus dificultades en el estudio provenían más bien de una absoluta falta de preparación que un entendimiento no muy dotado para el estudio era incapaz de superar.

Las circunstancias de su vida le habían privado del aprendizaje de unas bases imprescindibles para estudios posteriores. Su caso sería análogo al de un niño al que le enfrentáramos con las ecuaciones diferenciales sin que hubiera pasado antes por las más elementales reglas aritméticas. O con la Eneida sin conocer las declinaciones latinas.

Ya en el seminario mayor las dificultades parecen insuperables y los superiores le piden que abandone. Pero la vocación de Vianney es tan absoluta que nada hace mella en él. Acude de nuevo a mosén Balley que, seguramente derrochando el profesor paciencia, Vianney esfuerzo, y ambos oración, consigue enseñarle el mínimo imprescindible para ser ordenado sacerdote.

Acude de nuevo a Lyon, recomendado por Balley, ante los mismos que le habían desaconsejado proseguir sus estudios. Tiene ya 28 años. A causa de los insistentes ruegos del cura de Ecully le examinan. Vianney se aturde y el resultado es penoso.

Vuelve a insistir el buen sacerdote y consigue que dos de los examinadores se trasladen a Ecully, donde continuó el examen que esta vez Juan María Vianney consigue superar y contestarlo bien.

Tanta voluntad, unida a una notabilísima piedad, a una docilidad extrema, a una humildad absoluta, tuvieron que llamar

la atención y el caso llegó al vicario general que gobernaba la diócesis en ausencia del cardenal Fesch que habían tenido que abandonar Francia tras la derrota de su sobrino.

Nos imaginamos la conversación.

— Señor vicario: hay un estudiante calamitoso que desea ser sacerdote por encima de todo. Es buenísimo pero sus conocimientos son mínimos.

El vicario parece ser que hizo tres preguntas a los que le exponían el caso:

— ¿Es piadoso? ¿Ama a la Virgen? ¿Reza el rosario?

Las respuestas son también fáciles de imaginar.

— La gracia de Dios hará el resto, fue la respuesta del vicario.

Y vaya si lo hizo.

El 13 de agosto de 1815, a los veintinueve años, es ordenado al fin sacerdote el que pronto sería, al decir de todos, el Santo cura de Ars. No ha quedado constancia de lo que debió ser su primera Misa. De lo que experimentó su alma convirtiéndose por primera vez, al fin, el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Ninguno de los presentes en aquel acto tenía conciencia de estar asistiendo a la primera Misa de un inmenso santo, por lo que no dejaron memoria del acontecimiento. De las otras ya sí. Cuando eran miles las personas que acudían a la humilde aldea de Ars para ver al santo cura, los testimonios son abundantísimos. El fervor, la piedad, el recogimiento, la emoción, ese hablar con la forma consagrada que era Dios mismo entre sus manos... No es difícil suponer la profunda emoción de Vianney aquel día.

Las autoridades eclesiásticas no encontraron mejor salida para el recién ordenado que enviárselo de coadjutor a aquel sacerdote que tanto había recomendado su ordenación. Tal vez pensarán, ¡que lo sufra él! Y a Ecully partió junto a su amado mosén Balley.

Fueron los años más felices de su vida. Dos almas entregadas a Dios rivalizando en austeridad, oraciones y sacrificios. La prudencia de las autoridades eclesiásticas hizo que durante va-

rios meses no tuviera licencias para confesar. Una vez concedidas, su confesionario comenzó a llenarse de penitentes.

La comida de ambos sacerdotes consistía en patatas y pan negro. Vianney era incapaz de tener algo propio, daba todo cuanto tenía. En ocasiones llegó a cambiar su ropa con la de un pobre que encontró por los caminos. Mosén Balley vio recompensados por el cielo sus últimos años con la ayuda y el cariño de quien tanto le debía en su sacerdocio. En sus brazos murió tras recibir de él la última absolución. En herencia le dejó su ejemplo y su cilicio que unos meses después llevaba Vianney a Ars. Acaban de encomendarle la parroquia de esa perdida aldea de poco más de doscientas almas. Y pensarían que aún sería demasiado para él.

Ya era el cura de Ars. Ya estaba sólo ante el mundo. Sólo con Dios.

Lo que en Ars fue «ese modelo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal», en recientes palabras de Juan Pablo II, es muy conocido para que nos detengamos en ello. Conocido y documentado, porque a Ars acudían, de toda Francia, del orden de trescientas a cuatrocientas personas diarias para ver a aquel humilde sacerdote que ilustraba «a la vez el cumplimiento pleno del ministerio sacerdotal y la santidad del ministro» (Juan Pablo II, *ibid.*).

El Papa subraya las características de su ministerio sacerdotal:

«Su incansable entrega al sacramento de la penitencia». «Estaba totalmente disponible a los penitentes que venían de todas partes y a los que dedicaba a menudo diez horas al día y, a veces, quince o más».

«La Misa era para Juan María Vianney la gran alegría y alimento en su vida de sacerdote».

«Ponía toda su atención en no descuidar nunca el ministerio de la Palabra, absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión». «El catecismo a los niños constituía igualmente una parte importante de su ministerio». «Tenía la valentía de

denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de su fieles».

Ese sencillo programa sacerdotal, hoy por desgracia tan abandonado, produjo resultados increíbles. Ars, que era una aldea muy fría religiosamente, experimentó un cambio radical. Y de toda Francia llegaron miles de personas en busca de amor a Dios, de conversión, de paz espiritual. El año anterior a su muerte se dice que acudieron a visitar al cura de Ars casi cien mil personas. Y algún autor habla de ciento veinte mil.

Ese ministerio, sencillo y profundo, estaba basado en una rigurosa ascesis personal. Apenas comía, apenas dormía. «La oración fue el alma de su vida». «Su pobreza era extraordinaria». «La castidad brillaba en su rostro». «La obediencia a Cristo se traducía, para Juan Vianney, en obediencia a la Iglesia». Y, junto a ello, visiones, profecías, milagros... Conocía las conciencias de los que acudían a él por primera vez mejor que los propios penitentes. Les recordaba hechos de su vida que ellos ya habían olvidado. Y como tantos prodigios como obraba causaban una auténtica conmoción entre los peregrinos, llegó a pedir a Dios, que no siempre le hizo caso, que las curaciones se produjeran cuando la persona objeto del milagro hubiera regresado a su casa o, por lo menos, se hubiera alejado de Ars.

Muere el 4 de agosto de 1859. El 2 de agosto había pedido los últimos sacramentos: «¡Qué bueno es Dios! ¡Cuando ya no se puede ir a verle, viene Él!». San Pío X lo beatificó en 1905. Pío XI lo canonizó en 1925 y en 1929 lo declaró patrono de los sacerdotes. Juan XXIII, al cumplirse el centenario de su muerte escribió la encíclica *Nostris sacerdotii primitias*, presentando al cura de Ars como modelo de vida y ascesis sacerdotal, de piedad, de culto a la Eucaristía y celo pastoral para nuestro tiempo. Y con motivo del segundo centenario de su nacimiento Juan Pablo II dirige una carta a todos los sacerdotes para que «el recuerdo del cura de Ars nos ayude a reactivar nuestro celo en su servicio». En el servicio del Sacerdote Eterno en el que San Juan María Vianney se santificó y santificó a los hombres.